

Á la postre, Abdallah no habia conseguido ganarse á los españoles, pero al ensayarlo se habia desavenido enteramente con su propia raza. Era natural que en provincias en que la autoridad real estaba ya bastante debilitada, no quisieran los Árabes obedecer á un monarca que se aliaba con sus enemigos.

Veamos primero lo que pasó en la provincia de Elvira.

Si los piadosos recuerdos tienen algun imperio sobre las almas, ninguna provincia debia estar tan ligada á la Religion cristiana. Ella habia sido la cuna del cristianismo español; allí se habia escuchado la predicacion de los siete apostólicos, que segun una tradicion antiquísima, habian sido en Roma discípulos de los Apóstoles, cuando todo el resto de la península estaba sumido aun en las tinieblas de la idolatría. (1) Más adelante, hacia el año 300, la capital de la provincia (2) habia sido la sede de un céle-

(1) Véase el oficio de los siete apostólicos en la «Esp. Sagr.» t. III, p. 361-377. Este oficio fué compuesto en Acci, (Guadiz el viejo) en los primeros tiempos de la Iglesia. Compárese con el «Lectionarium complutense,» ibid, p. 380-384.

(2) La ciudad de Elvira estaba situada al noro-

bre concilio. Por eso los españoles de Elvira, habian permanecido fieles mucho tiempo á la religion de sus abuelos. Se habian echado en la capital los cimientos de una gran mezquita poco tiempo despues de la conquista, por Hanach Zanain, uno de los mas piadosos compañeros de Muza, pero había tan pocos musulmanes en la ciudad que durante siglo y medio permaneció este edificio en el mismo estado en que Hanach lo dejara. (1) Las iglesias por el contrario eran numerosas y ricas. Aun en Granada y eso que gran parte de la ciudad pertenecía á los judíos, había cuatro por lo ménos, y la que estaba fuera de la puerta de Elvira que había sido edificada á principios del siglo VII, por un señor godo llamado Guldila, era de incomparable magnificencia. (2)

Sin embargo, poco á poco bajo el reinado de Abdérramen II, y el de Mohamed, comenzaron á ser frecuentes las apostasías. En la provincia de Elvira, no se estaba mas á prueba de interés que en las otras

este de Granada, casi en el lugar donde hoy se encuentra Pinos Puente.

(1) Ibn-al-Khatib, man. G., fól. 5 r.

(2) Véanse mis «Recherches,» t. I, p. 334-336.

provincias, y además los vergonzosos desórdenes y la manifiesta impiedad del tio materno de Hostigesio, Samuel, Obispo de Elvira, habian inspirado á muchos cristianos una aversion muy natural hácia un culto que tenía tan indignos ministros. La persecucion hizo lo demás. El infame Samuel la dirigió. Depuesto en fin á causa de su vida escandalosa, dióse prisa á ir á Córdoba para declararse musulman; desde entonces se había enconado de la manera mas cruel, contra sus antiguos diocesanos que el gobierno dejó entregados á su ciega cólera, y muchos de estos infelices no hallaron mas medio que la apostasia para salvar sus bienes y su vida. (1)

Por esta causa los renegados habian llegado á ser tan numerosos en Elvira, que el gobierno comprendió que era necesario procurarles una gran mezquita que se acabó en el año 864, en el reinado de Mohamed. (2)

En cuanto á los Árabes de la provincia, procedentes en su mayor parte de los soldados de Damasco, no queriendo encerrarse

(1) Samson, «Apolog.» L. II, c. 4.

(2) Ibn-al-Khatib, man. G., fól. 5 r.

en las murallas de una ciudad, se habían establecido en la campiña donde sus descendientes habitaban aun. Estos Árabes constituían, respecto de los españoles, una aristocracia estremadamente orgullosa y exclusiva. Tenían pocas relaciones con los habitantes de la ciudad, la estancia en Elvira, triste lugar situado en medio de rocas estériles, monótonas y volcánicas, que no llevan ninguna flor en verano, ni un copo de nieve en invierno, no tenía para ellos ningun atractivo; pero los viernes cuando iban, en apariencia para asistir á los oficios; pero en realidad para hacer ostentacion de sus soberbios caballos ricamente equipados, (1) no dejaban nunca de abrumar á los españoles con su menosprecio y sus intencionados desdenes. Casi nunca la vanidad aristocrática, se ha mostrado mas francamente odiosa en hombres, que, por otra parte en sus relaciones mútuas eran modelo de perfecta cortesía. Para ellos, los españoles cristianos ó musulmanes eran la «vil canalla,» tal era el término consagrado. Habian, pues, hecho agravios imperdonables, así que las colisiones entre las dos razas,

(1) Véase al mismo «Ibid.»

eran frecuentes. Unos treinta años ántes de la época de que vamos á ocuparnos, ya los españoles habian sitiado á los árabes en la Alhambra, donde éstos habian buscado un refugio. (1)

Al principio del reinado de Abdallah, encontramos á los españoles empeñados en una guerra mortifera contra los señores árabes. Estos que habian roto enteramente con el sultan, habian elegido por jefe un valiente guerrero de la tribu de Cais, llamado Yahya-ibn-Zocala. Arrojadados por sus adversarios de sus aldeas, se fortificaron en un castillo situado al noroeste de Granada, cerca de Guadahortuna. Desde este castillo que llevaba antiguamente el nombre español de «Monte-Sacro,» pero que por la pronunciacion arábica llegó á decirse Montexicar, infestaban las cercanías. Entónces los renegados y los cristianos mandados por Nabil, fueron á sitiarlos, mataron gran número y tomaron la fortaleza. Yahya-ibn-Zocala, se salvó por la fuga, pero su tropa habia quedado tan debili-

(1) No conocemos detalle alguno de esta guerra de que nos habla el poeta Abí en un verso que citaremos más adelante.

tada, que tuvo que dejar las armas y hacer un tratado con los españoles. Desde esta época, pasaba muchas veces días enteros en la capital. Acaso trataba de intrigar allí, pero culpable ó nó, es lo cierto que en la primavera de 887 los españoles lo atacaron de improviso, lo degollaron con sus compañeros, echaron sus cadáveres en un pozo, y comenzaron á ojear á los Árabes como si fueran fieras.

El entusiasmo de los españoles, fué inmenso. «(Ya se han roto las lanzas de nuestros enemigos, decía su poeta Ablí! (1) ¡Ya hemos abatido su orgullo! ¡Los que ellos llamaban «vil canalla» han minado los fundamentos de su poder! ¡Cuánto tiempo hace que los muertos que hemos echado en el pozo esperan en vano un vengador!»

La situación de los Árabes era tanto más peligrosa, cuanto que se encontraban desunidos. La anarquía reinante, daba nuevo vigor á la funesta rivalidad entre Maaditas y Yemenitas; en muchos distritos como el de Sidona, estas dos razas se combatían á muerte. En la provincia de Elvira, cuando

(1) Se llamaba Abderramen-ibn-Ahmed, Le decían Ablí porque era de Abía cerca de Guadix.

se trató de dar sucesor á Yahya, los Yemenitas, que parece tenían la superioridad del número, disputaban á los Maaditas sus derechos á la heguemonia. Disputar en un momento tan crítico era esponerse á una ruina completa. Felizmente los Yemenitas lo comprendieron á tiempo, cedieron y de concierto con sus rivales dieron el mando á Sauwar. (1) Este intrépido jefe, fué el salvador de su pueblo, y más adelante se repetía con frecuencia: «Si Allá no hubiera dado á Sauwar á los Árabes, hubieran sido esterminados hasta el último.»

Caisita, lo mismo que Yhaya, Sauwar debía tener empeño en vengar la muerte de su contributo, pero tenía además que tomar una revancha; en la toma de Monte-Sacro, había visto á los españoles matar á su primogénito. Desde este momento la sed de venganza lo devoraba: segun su propio testimonio era ya viejo: «las mujeres no quieren mi amor desde que han blanqueado mis cabellos,» decía en uno de sus poemas, y cier-

(1) Honaida, cuarto abuelo de Sauwar y jeque de los Caisitas, se habia establecido en Maracena distrito de Albolote al norte de Granada. Sus descendientes habitaban todavía allí.

tamente llevaba á la tarea sangrienta que iba á cumplir una obstinacion y una firmeza que se explicarían dificilmente en un jóven, pero que se conciben en un viejo que dominado por una sola y última pasion, ha cerrado su alma á toda piedad y á todo sentimiento humano. Se podría pensar que se figuraba ser el ángel exterminador, y que ahogó sus mas dulces afectos, si es que los tenía, ante la conciencia de su mision providencial.

Despues de haber reunido bajo su bandera todos los Árabes que pudo, fué á recobrar á Monte-Sacro. Llevaba en esto un doble objeto; quería poseer una fortaleza que le sirviera de base para sus operaciones ulteriores, y saciar su sed de venganza en la sangre de los que habian muerto á su hijo. Aunque Monte-Sacro tenía una numerosa guarnicion, los Árabes la tomaron por asalto. La venganza de Sauwar fué terrible; pasó á cuchillo todos los soldados de la guarnicion, en número de seis mil. En seguida atacó y tomó otros castillos, y cada uno de estos triunfos llevaba consigo una horrible carnicería; jamás en ninguna circunstancia este hombre terrible dió cuartel á los españoles; familias enteras fueron exterminadas

hasta su último individuo, y multitud de herencias quedaron sin herederos.

En su apuro, los españoles de Elvira suplicaron á Djad, gobernador de la provincia, que los ayudara, prometiendo obedecerle en adelante. Djad consintió, y á la cabeza de sus tropas y de los españoles fué á atacar á Sauwar.

El jeque árabe lo esperaba á pié firme. El combate fué vivo por ambas partes, pero los Árabes obtuvieron la victoria, persiguieron á sus enemigos hasta las puertas de Elvira, y les mataron mas de siete mil hombres. El mismo Djad cayó en manos de los vencedores.

El feliz éxito de esta batalla conocida con el nombre de «Batalla de Dajd,» colmó á los árabes de un indescriptible gozo; limitados hasta entónces á atacar castillos, habian vencido por primera vez á sus enemigos en campo raso, y habian inmolado muchas víctimas á los manes de Yhaya. Hé aquí los términos en que uno de sus jeques mas valientes, que era al mismo tiempo uno de sus mejores poetas, Said-ibn-Djudí espresaba sus sentimientos:

Apóstatas é incrédulos, que hasta la última

hora «declaráis falsa la verdadera religion» (1) Os hemos muerto, porque teníamos que vengar á nuestro Yhaya. Os hemos muerto: Dios lo ha querido! Hijos de esclavas, habeis imprudentemente irritado á bravos que no han olvidado nunca vengar á los suyos.

Acostumbraos á sufrir su furia y á recibir en vuestras espaldas sus espadas flamígeras.

Á la cabeza de sus guerreros que no sufren insulto, valientes como leones, ha marchado contra vosotros un jeque ilustre. Un jeque ilustre! Su fama escede la de todos, ha heredado la generosidad de incomparables abuelos. Es un leon nacido de la mas pura sangre de Nizar, es el sosten de su tribu cual ninguno. Iba á vengar á sus contributos, á esos hombres magnánimos que habian creido poderse fiar de reiterados juramentos. Y los ha vengado! ha pasado á cuchillo los hijos de las blancas, y los que de ellos viven todavía, gimen en las cadenas con que los ha cargado. Millares de vosotros hemos muertos, pero la muerte de multitud de esclavos no equivale á la de un solo noble. Ay! sí, han asesinado nuestro Yahya cuando era su huesped! Asesinarlo era una accion insensata,..... Lo han degollado esos esclavos malvados y despreciables, todo lo que hacen los esclavos

(1) Palabras que Mahoma dirige en el Coran á los cristianos y á los judíos.

vos es villano. ¡No, cometiendo su crimen, no han hecho una accion sensata, su suerte infeliz ha debido convencerlos que habian sido mal inspirados. Vosotros lo habeis asesinado como traidores, como infames despues de tantos tratados, despues de tantos juramentos!

Despues del brillante triunfo que habian conseguido Sauwar, que acababa de hacer alianza con los Árabes de Regio, de Jaen y de Calatrava, comenzó de nuevo sus depravaciones y sus matanzas. Los españoles enteramente desanimados, no encontraron otra via de salvacion que echarse en los brazos del Sultan é imploraron su ayuda. De buena gana se la hubiera concedido éste, si se hubiera hallado en estado de hacerlo. Todo lo que podía en aquellas circunstancias era prometer su amigable intervencion. Mandó Pues, á decir Sauwar, que estaba dispuesto á concederle una gran intervencion en la direccion de los negocios de la provincia, Pero que en cambio, esperaba de él que lo obedeciera y le permitiera dejar á los españoles en paz. Sauwar aceptó estas condiciones, él y los españoles juraron la paz solemnemente y se restableció el orden material en la península. Por desgracia, esta

no era mas que una calma engañosa, las discusiones y la pasion latían en el fondo de todas las almas. No teniendo enemigo que combatir á su alrededor, atacó Sauwar á los vasallos y á los aliados de Ibn-Hafzun. La fama de sus empresas y de sus crueldades, el grito de ángustia de sus compatriotas, despertó repentinamente el sentimiento nacional entre los habitantes de Elvira. Con general entusiasmo volvieron á á tomar las armas; siguiendo su ejemplo se insurreccionó toda la provincia, el grito de guerra resonó en todas las familias, y los Árabes atacados donde quiera y dende quiera batidos, fueron á buscar apresuradamente un refugio en la Alhambra.

Tomada por los españoles y recobrada por los Árabes, la Alhambra, no era ya mas que una ruina magestuosa que casi no se hallaba en estado de defensa. Y sin embargo, era el solo refugio que á los Árabes quedaba; si se la dejaban tomar, podían estar ciertos de que no habia de escapar ninguno. Así estaban firmemente resueltos á defenderla á todo trance. Durante el dia, rechazaban vigorosamente los incesantes ataques de los españoles, que con la ira en el pecho pensaban acabar esta vez con los que ha-

bian sido por tanto tiempo sus crueles opresores. Cuando llegaba la noche, componian á la luz de las antorchas los muros y los bastiones de la fortaleza, pero las fatigas, las veladas, la perspectiva de una muerte segura, si tenían un instante de debilidad, los habia puesto en un estado de sobrescitacion febril que los disponia mucho á dejarse impresionar por terrores supersticiosos, de que se hubieran avergonzado en otras circunstancias. Una noche que trabajaban en las fortificaciones, sucedió que una piedra pasó por cima de los muros y vino á caer á sus piés. Un Árabe la recogió y encontró que llevaba atado un pedazo de papel, en el cual habia escritos estos tres versos que leyó en alta voz, mientras que sus compañeros lo escuchaban con profundo silencio.

Sus moradas están desiertas, sus campos eriales, los huracanes arremolinan en ellos las arenas, Encerrados en la Alhambra meditan al presente nuevos crímenes, pero tambien allí tendrán que sufrir derrotas continuas y lo mismo que sus padres serán siempre el blanco de nuestras lanzas y de nuestras espadas.

Oyendo leer estos versos á la luz incier-

ta, pálida y lúgubre de las antorchas, cuya trémula claridad formaba en medio de las opacas sombras de la noche una móvil iluminacion del efecto más extraño, los Árabes que desesperaban ya de su triunfo, se entregaron á los más siniestros presentimientos. «Estos versos, decía mas adelante uno de ellos, nos parecían un aviso del cielo, oyéndolos leer fuimos presa de un terror tan grande, que aunque todos los ejércitos de la tierra hubieran venido á sitiarnos no lo hubieran podido aumentar.» Algunos menos impresionables, trataron de reanimar á sus aterrados camaradas, diciéndoles que la piedra y el billete no habian caido del cielo, sino que habian sido lanzados por mano enemiga y que los versos eran probablemente del poeta Ablí. Habiendo prevalecido poco á poco esta idea, rogaron todos á su poeta Asadí que respondiera en el mismo metro y en la misma rima al desafío del poeta enemigo. No era nueva para Asadí semejante empresa. Muchas veces había empeñado con Ablí duelos poéticos del mismo género, pero de temperamento nervioso, de imaginacion extraordinariamente impresionable, conmovido y turbado esta vez más que todos los

demás, tardó mucho tiempo en encontrar estos dos versos que muestran demasiado, que no estaba de vena:

Nuestras moradas están habitadas, nuestros campos no están eriales. Nuestro castillo nos protege contra todo insulto, en él encontraremos la gloria, en él se preparan para nosotros triunfos y derrotas para vosotros.

Para completar la respuesta, hacía falta un verso que Asadí que había caído bajo el imperio de su emoción, no pudo encontrar. Rojo de vergüenza, con los ojos fijos en el suelo, permaneció cortado y mudo como si no hubiera compuesto versos en su vida.

No era esta circunstancia la más propia para reanimar el ánimo abatido de los Árabes. Ya medio serenos, estaban dispuestos a no ver nada de sobrenatural en lo sucedido, pero cuando se apercibieron que contra lo que esperaban la inspiración faltaba a la palabra a su poeta, sus temores supersticiosos se despertaron de nuevo.

Avergonzado Asadí, se había vuelto a su habitación cuando, de pronto oyó una voz que pronunciaba este verso:

En verdad que bien pronto, cuando nosotros salgamos de él, (1) habreis de sufrir una derrota tan terrible, que hará blanquear en un momento los cabellos de vuestras mugeres y de vuestros hijos.

Era el tercer verso que en vano había buscado. Miró á su alrededor y no vió á nadie. Firmemente convencido entónces de que habia sido pronunciado por un espíritu invisible, corrió á buscar al jeque Adhha, su amigo íntimo, le contó lo que acababa de suceder, y le repitió el verso que habia oído. «¡Alegrémonos! exclamó Adhha. Seguramente, soy enteramente de tu opinion, es un espíritu quien ha recitado estos versos y podemos estar seguros que su prediccion se ha de cumplir. Y no puede ser de otra manera; esa raza impura debe perecer, porque Dios ha dicho: (2) «Al que habiendo egercido represalias en relacion con un ultrage recibido, recibirá uno nuevo, Dios mismo lo asistirá.»

Convencidos de aquí en adelante de que el Eterno los había tomado bajo su proteccion, los Árabes enrollaron el billete que contenía los versos de su poeta en una piedra, y se la tiraron á sus enemigos.

(1) Cuando salgamos de la Alhambra.

(2) Véase el Coran, sur 22, vs. 59.

Siete días después vieron al ejército español, compuesto de veinte mil hombres, prepararse á atacarlos por el lado del Este y colocar en una colina sus máquinas de guerra. En lugar de esconder sus brayos á ser asesinados en una fortaleza arruinada, Sauwar quiso mejor llevarlos al encuentro del enemigo. Empeñado el combate, dejó de pronto el campo de batalla con una tropa escogida, sin que su marcha fuera notada por sus adversarios; dió un rodeo y se precipitó sobre la division, situada en la colina con tal ímpetu, que lo puso en derrota. La vista de lo que pasaba en la altura, inspiró un terror pánico á los españoles que combatían en el llano, porque se imaginaban que los Árabes habían recibido refuerzos. Entónces comenzó una terrible carnicería; persiguiendo á sus enemigos fugitivos hasta las puertas de Elvira, los Árabes mataron doce mil, segun unos, segun otros diez y siete mil.

Hé aquí como Said-ibn-Djudí cantó esta segunda batalla conocida con el nombre de «Batalla de la ciudad.»

Los hijos de las blancas habían dicho:
«Cuando nuestro ejército vuela sobre vos-

otros, caerá sobre vosotros como un huracán. No podreis resistirlo, temblaréis de miedo, y ni el más fuerte castillo os servirá de asilo!»

Pues bien, nosotros hemos ahuyentado ese ejército cuando voló sobre nosotros, como se ahuyentan á las moscas que revolotean al rededor de la sopa, ó como se hace salir de su establo á un rebaño de camellos. Ciertamente que el huracán ha sido terrible, la lluvia caía á goterones, el trueno retumbaba y el relámpago surcaba las nubes; pero no era sobre nosotros, sino sobre vosotros, sobre los que descargaba la tormenta. Vuestros batallones caian ante nuestras cortadoras espadas, como caen las espigas bajo la hoz del segador.

Quando nos vieron venir á galope, nuestras espadas les causaron el terror tan grande que volvieron las espaldas y se echaron á correr, pero nosotros caimos sobre ellos, hiriéndolos con nuestras lanzas. Unos hechos prisioneros, fueron cargados de cadenas; otros presas de angustia mortal, corrieron á todo correr, y hallaban la tierra demasiado estrecha.

Habeis encontrado en nosotros una tropa escogida que sabe á las mil maravillas lo que es preciso hacer para quemar las cabezas de sus enemigos, cuando la lluvia de que hablábais cae á torrentes. Se compone de hijos de Adnan, que á todos aventajan en las incursiones, y de hijos de Cahtan, que caen

como buitres sobre su presa. Su jeque, un granguerrero, un verdadero león á quien en todas partes admiran, pertenece á la mejor rama de Cais; hace muchos años que los más generosos y los más bravos lo reconocen superior en valor y en generosidad. Es un hombre leal, nacido de una raza de héroes, cuya sangre no se ha mezclado jamás con la de extranjera raza, ataca impetuosamente á sus enemigos, como conviene á un Árabe, y sobre todo á un Caisita y defiende la verdadera religion contra todo infiel.

En verdad que Sauwar blandía aquel día una excelente espada, con la que cortaba cabezas, como no se las corta sino con hojas de buen temple. Alláh se servía de su brazo para matar á los sectarios de una falsa religion que se habian reunido contra nosotros. Cuando llegó el momento fatal para los hijos de las blancas, nuestro jeque estaba á la cabeza de fieros guerreros, cuya firmeza no se conmueve mas que una montaña, y cuyo número era tan grande que la tierra parecía estrecha para ellos. Todos estos bravos corrian á rienda suelta, mientras que relinchaban sus corceles.

- Vosotros quisísteis la guerra, la guerra ha sido funesta para vosotros y os ha hecho perecer repentinamente!

En la crítica posición en que se hallaron

los españoles despues de esta batalla de-
sastrosa, no tenian mas que un partido que
efegir; implorar el apoyo y reconocer la auto-
ridad del jefe de su raza Omar-Ibn-Habfzun.
Así lo hicieron, y bien pronto éste, que se
encontraba en las cercanías, entró con su
ejército en Elvira: reorganizó las milicias
de la ciudad, reunió bajo sus banderas par-
te de la guarnicion de los castillos vecinos,
y marchó contra Sauwar.

Hábía aprovechado este jeque este inter-
valo para llevarse consigo los Árabes de Ja-
en y de Regio, y su ejército era ahora bas-
tante numeroso para esperar combatir á
Ibn-Habfzun con ventajas. No se engañó en
sus esperanzas. Despues de perder muchos
de sus mejores guerreros, y de haber pro-
digado su propia sangre, Ibn-Habfzun se vió
obligado á retirarse. Acostumbrado á ven-
cer, este fracaso le irritó mucho, impután-
doselo á los habitantes de Elvira, les echó
en cara que se habian conducido cobarde-
mente en la pelea, y colérico les impuso una
enorme contribucion, diciendo que ellos de-
bian pagar los gastos de una guerra que él
solo había emprendido en su provecho. Lue-
go se volvió á Bobastro con el grueso del
ejército, despues de haber confiado la de-

fensa de Elvira á su teniente Hajz-ibn-el-Moro

Entre los prisioneros que llevó consigo, se contaba el bravo Said-ibn-Djudí; hé aquí un trozo de los versos que este excelente poeta compuso en su cautividad.

Valor, esperanza, amigos míos! Estad seguros de que la alegría sucederá á la tristeza, y que cambiándose en dicha la desgracia, vosotros saldreis de aquí. Otros antes que vosotros han pasado años en este calabozo, y corren por los campos, á estas horas, en pleno día!

Ay! si estamos prisioneros, no es porque nos hayamos rendido, sino porque nos hemos dejado sorprender. Si yo hubiera tenido el menor presentimiento de lo que nos iba á suceder, la punta de mi lanza me hubiera protegido, porque ya saben los caballeros mi audacia y mi bravura en la hora del peligro.

Y tú, viajero, vé á llevar mi saludo á mi noble padre y á mi tierna madre, que te escucharán enajenados cuando les digas me has visto. Saluda también á mi querida esposa y repítele estas palabras: «siempre pensaré en tí, hasta en el día del juicio final me presentaré delante del Creador con el pecho lleno de tu imagen. En verdad la tristeza que ahora experimentas me aflige mucho más que la prision y la perspectiva de la muerte.»

Acaso me harán perecer aquí y despues me enterrarán..... un bravo como yo desea mejor caer con gloria en el campo de batalla y servir de pasto á los buitres!

Despues de la partida de Ibn-Hafzun, Sauwar que se había dejado coger en una emboscada, fué muerto por los habitantes de Elvira. Cuando se llevó su cadáver á la ciudad resonaron los aires con grito de júbilo. Sedientas de venganza, las mugeres echaban miradas de fiera sobre el cuerpo del que les había arrebatado sus hermanos, sus esposos y sus hijos, y rugiendo de furor le hicieron pedazos y se los comieron. (1)....

Los Árabes, confiaron el mando á Said-ibn-Djudi al que Ibn-Hafzun acaba de volver la libertad (890.) Aunque Said hubiera sido el amigo de Sauwar y el cantor de sus hazañas, en nada se le parecia. De ilustre nacimiento, pues su abuelo habia sido sucesivamente Cadí de Elvira y prefecto de

(1) En nuestro propio siglo, han encontrado estas andaluzas descendientes de ellas, en las mugeres que en tiempo de Napoleon I, se precipitaban con terribles ahullidos sobre los heridos franceses que se disputaban para hacerlos morir con los tormentos mas crueles y á los que metian cuchillos y tigeras por los ojos.—Véase Rocca, p. 209.

No hay que decir si Rocca y el autor pecan ó no de exagerados. (A. del Tr.)

policía de Córdoba en el reinado de Haquen I, era además el modelo del caballero Árabe y sus contemporáneos, le atribuían las diez cualidades que todo perfecto caballero debe poseer: la generosidad, la bravura, el entero conocimiento de las reglas de equitación, la belleza corporal, el talento poético; la fuerza física, el arte de manejar la lanza, el de construir armas, y la habilidad en el tiro del arco. Era el único Árabe que Ibn-Hafzun temía encontrar en el campo de batalla. Un día, ántes de comenzar el combate, Said lo desafió, pero Ibn-Hafzun, apesar de lo bravo que era, no se atrevió á aceptar. Otra vez, durante la pelea, Said se encontró por acaso frente á Hafzun. Este quiso evitarlo, pero Said le cogió á brazo partido lo arrojó al suelo, y lo hubiera muerto, si los soldados de Hafzun echándolo sobre él, no lo hubieran obligado á soltar la presa.

El más valiente de los caballeros era tambien el más tierno y el más galante. Ninguno se enamoraba con tanta facilidad de una voz ó de unos cabellos, ninguno apreciaba mejor el poder seductor de una hermosa mano. Habiendo ido un día á Córdoba cuando reinaba todavía el sultan Moha-

med, pasaba por delante del palacio del príncipe Abdallah, cuando hirió su oído el armonioso canto de una muger. Este canto salía de una habitación del piso principal cuya ventana daba á la calle y la cantadora era la hermosa Djehane. En aquel momento estaba con el príncipe su señor y ora le servía de beber, ora cantaba. Atraído por un encanto irresistible, Said, fué á colocarse en una rinconada donde podía escuchar á su gusto sin llamar la atención de los transeúntes. Clavados los ojos en la ventana, estático, escuchaba muerto por ver á la bella cantadora. Después de haber atisbado mucho tiempo, apercibió al fin su pequeña y blanca mano cuando presentaba al príncipe la copa. No vió mas, pero aquella mano de una incomparable elegancia y luego aquella voz tan suave y tan expresiva, era lo bastante para hacer latir violentamente su corazón de poeta y enloquecer su cabeza.

Mas ¡ay! una barrera infranqueable le separaba del objeto de su amor. Desesperado de lograrla, ensayó distraer su pasión; compró en una enorme suma la esclava mas hermosa que pudo encontrar y la puso el nombre de Djehane. Mas á pesar de los es-

fuerzos que esta jóven hizo para agradar al hermoso caballero, no consiguió hacerle olvidar á su homonima.

El dulce canto que he escuchado, decia, elevando mi alma me ha dejado una tristeza que me consume lentamente. Es á Djehane, de la que yo guardaré un eterno recuerdo, á quien yo he dado mi corazon, y sin embargo, nunca nos hemos visto..... ¡Oh Djehane! objeto de todos mis anhelos, sé buena y compasiva para esa alma que me ha dejado por volar á tí! Yo invoco tu nombre querido con los ojos bañados en lágrimas, con la devocion y el fervor del monje que invoca el de un santo, arrodilado ante su imágen! (1)

Said no guardó mucho tiempo su recuerdo de la bella Djehane. Versátil é inconstante, errando sin descanso de deseo en deseo, las grandes pasiones y los sueños platónicos no estaban en su carácter, testigos estos versos compuestos por él, que los escritores Árabes no citan sino añadiendo las palabra: «¡Que Dios le perdone!»

(1) Casi podria decirse que este último verso es de un trovador provenzal, tanto se encuentra en él la delicadeza del caballero cristiano y la especie de culto que tributaba á la señora de sus pensamientos.

El momento mas dichoso de la vida es cuando se bebe en ronda, ó mas bien, cuando despues de una desavenencia uno se reconcilia con su amada, ó mejor aun, cuando el amante y la amada se lanzan miradas embriagadoras, es en fin aquel en que enláza en sus brazos á la que se adora.

Yo recorro el círculo de los placeres con el ardor de un caballo que ha cojido el bocado con los dientes; suceda lo que quiera yo satisfago todos mis deseos. Inquebrantable el dia del combate, cuando el ángel de la muerte se cierne sobre mi cabeza, yo me dejo siempre quebrantar por unos bellos ojos.

Ya había olvidado, pues, á Djehanc, cuando le trageron de Córdoba una nueva hermosura; cuando ella entró en su habitacion el pudor la hizo bajar los ojos; entónces Said improvisó estos versos:

Qué, hermosa amiga, ¿separas de mí tus ojos para fijarlos en el suelo? ¿Es que yo te inspiro repulsion? Por Dios que no es este el sentimiento que yo inspiro de ordinario á las mujeres, y me atrevo á asegurarte que mas que el suelo merece mi cara tus miradas.

Said era seguramente la figura más brillante de la aristocrácia, pero no tenía las cualidades sólidas de Sauwar. La muerte de

este gran jeque, fué pues, una pérdida que Said no pudo reparar. Gracias á los cuidados de Sauwar, que había hecho reedificar muchas fortalezas romanas, semi-arruinadas, tales como Menteza, Basti (Baza) los Árabes se encontraron en estado de mantenerse bajo su sucesor, pues aun cuando ya no tuvieran que combatir al Sultán, pues este había reconocido á Said, no consiguieron notables ventajas sobre los españoles. Los cronistas musulmanes, que por lo demás no dicen casi nada sobre las expediciones de Said, lo que prueba que en general no fueron felices, nos refieren solamente que hubo un momento en que Elvira se sometió á su autoridad. Cuando hizo en la ciudad su entrada, se presentó á él el poeta español Ablí, y le recitó unos versos que había compuesto en su alabanza. Said lo recompensó generosamente; pero cuando se fué el poeta, un árabe exclamó: «¿Qué, Emir, dais dinero á ese hombre? Habeis olvidado pues, que era en otro tiempo el gran agitador de su nacion, y que se atrevió á decir:— ¡Cuánto tiempo hace que sus muertos, que nosotros hemos echado en este pozo, esperan en vano un vengador!» Abrióse al punto en Said una llaga mal cerrada, y con los

ojos brillantes de cólera: «Vé á coger á ese hombre, le dijo á un pariente de Yhaya íbn-Zocala; mávalo y echa su cadáver en un pozo!» Esta orden fué inmediatamente ejecutada. (1)



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

(1) Ibn-Haiyan, fól. 22 r.,-230,-400,-49 r.,-920.-940; Ibn-Abbar, p. 80-87; Ibn-al-Khatib, artículos sobre Sauwar, (man. E.) y sobre Said-íbn-Djudi (en mis «Noticias,» p. 258) Debo advertir que el manuscrito de Ibn-Haiyan, me ha llevado muchas veces hasta á corregir los versos que yo he publicado en mis «Noticias,» tomados [de otros manuscritos.

XIII. (1)

Mientras que los españoles de Elvira combatían contra la nobleza árabe, ocurrían también en Sevilla muy graves acontecimientos.

En ninguna parte el partido nacional era tan poderoso. Desde el tiempo de los visigodos, había sido la sede de la ciencia y la civilización romana y la residencia de las familias más nobles y opulentas. (2) La

(1) Ibn-Haiyan, fól. 490-569 v., 63 r.-65 r.,

(2) «Akhbar madjmua,» fól. 560 v.; Maccari, t. I, p. 89. Bajo los romanos, Sevilla hubiera sido la principal ciudad de España, testigos estos versos de Ausonio:

conquista árabe, no había traído casi ningún cambio en el orden social. Pocos Árabes se habían establecido en la ciudad, habiéndose fijado con preferencia en las campiñas. Los descendientes de los romanos y de los godos constituían, pues, todavía, la mayor parte de sus habitantes. Gracias á la agricultura y al comercio, eran muy ricos; numerosas embarcaciones de Ultramar iban á buscar á Sevilla que pasaba por uno de los mejores puertos de España, cargamentos de algodón, de aceitunas y de higos, que la tierra en abundancia producía. (1) La mayor parte de los sevillanos, habían abjurado del Cristianismo, y muy pronto, porque ya bajo el reinado de Abderramen II, había habido que edificar para ellos una gran mezquita, (2) pero sus costumbres, sus usos, su carácter, hasta sus apellidos

*Jure mihi post has memorabere nomem Hiberum
Hispalis, aquoreus quam præterlabitur amnis,
Submittit cui tota suos Hispania fasces.*

Algunas ediciones ponen «Emerita» en lugar de «Hispalis,» pero la espresion «aquoreus amnis» que conviene muy bien al Guadalquivir, puesto que hasta en Sevilla se siente la marca no conviene al Guadiana cerca de Mérida.

(1) Traducción española de Razi, p. 56.

(2) Ibn-al-Cutia, fól. 26 r.

como «Beni-Angelinó, Beni-Sabarico,» (1) recuerdan aun su origen español.

En general, estos renegados eran pacíficos y nada hostiles al Sultán, á quien, por el contrario, consideraban como el sostenedor natural del orden, pero temían á los Árabes, nó á los de la ciudad, porque estos acostumbrados á los beneficios de la civilización, no se interesaban ya en las rivalidades de tribu ni de raza, sino á los de la campiña, que habían conservado intactas sus costumbres agrestes, sus antiguas preocupaciones nacionales, su aversión á toda otra raza que la suya, y su adhesión á las antiguas familias á que habían obedecido de padres á hijos desde tiempo inmemorial.

Llenos de un odio celoso contra los ricos españoles, se hallaban prontos á ir á robarlos y á degollarlos en cuanto las circunstancias se lo permitieran ó sus nobles los convidaran á ello. Eran muy temibles los del Axarafe sobre todo, así que los españoles que conservaban una antigua predicción, según la que, la ciudad había de ser

(1) Se haya muchas veces este nombre en las cartas del norte de España. Véase por ejemplo «Esp. Sagr.,» t. XXXIV, p. 469.

quemada por fuego que había de venir del Axarafe, (1) habían tomado sus medidas para que no los cogieran desprevenidos los hijos de los ladrones del desierto. Se habían organizado en doce cuerpos cada uno con su jefe, su bandera y su arsenal, y habían contraído alianza con los Árabes maáditas de la provincia de Sevilla y con los Berberes-Botr de Moron.

Entre las principales familias árabes de la provincia, había dos que sobresalían entre las demás, la de los Beni-Haddjadj y la de los Beni-Khaldun. La primera aunque muy árabe en sus ideas, descendía sin emgo por hembra de Witiza, el penúltimo rey de los godos. Una nieta suya, llamada Sara, se había casado en segundas nupcias con un tal Omaid de la tribu yemenita de Lakhm. De este matrimonio nacieron cuatro hijos que dieron origen á cuatro grandes familias, de las cuales la de Beni-Hadjadj era la más rica. De Sara procedían las grandes propiedades territoriales que tenía en el Sened, porque un historiador árabe, descendiente también de Witiza por Sara, nota que Ibn-Omaid había tenido hijos de otras

(1) Traducción española de Razi, p. 56.

mujeres, pero que los descendientes de éstas no podían rivalizar con los de Sara. (1) La otra familia, la de los Beni-Khaldun era también de origen yemenita, pertenecía á la tribu de Hadhramaut y tenía sus propiedades en el Axarafe. Agricultores y soldados, los miembros de estas dos grandes casas eran también comerciantes y armadores. De ordinario vivían en el campo, en sus castillos, en sus «bordj,» (2) pero de tiempo en tiempo, residían en la ciudad donde tenían palacios.

Al principio del reinado de Abdallah, Coreb era el jefe de los Khaldun. Era un hombre disimulado y pérfido, pero que tenía todas las cualidades de un jefe de partido. Fiel á las tradiciones de su raza, detestaba la monarquía y deseaba que su casta recobrará el poder que le habían arrancado los Omeyas. Primero ensayó promover una

(1) Véase Ibn-al-Cutia, fól. 3 r.

(2) El castillo de los Beni-Khaldun, conservaba aun en el siglo XIII, el nombre de sus antiguos señores, porque en las cartas de Alfonso X, se habla muchas veces del «Bordj-Aben-Haldon,» ó de la «torre Aben-Haldon.» Véase Espinosa. «Historia de Sevilla,» t. II, fól. 4, col. 1; fól. 16, col. 2; fól. 17, col. 1; esta última carta se halla también en el «Memorial histórico español,» t. I, p. 14.

insurrección en la misma ciudad. Se dirigió pues á los Árabes que la habitaban y trató de reanimar en ellos el deseo de independencia. No lo consiguió. Estos Árabes, en su mayor parte Coreiscitas ó clientes de la familia reinante, eran realistas, ó por mejor decir, no eran de ningún partido, sino es, del que en nuestros días se llama partido del orden. Vivir en paz con todo el mundo, y no ser molestados en sus negocios ni en sus placeres, era todo lo que pedían. No tenían, pues, ninguna simpatía por Coreb; su génio aventurero y su ambición desarreglada solo les inspiraba una profunda aversión mezclada de terror. Cuando les hablaba de independencia, le respondían que odiaban el desorden y la anarquía, que no querían ser instrumentos de la ambición de otro, y que no tenían nada que hacer con sus malos consejos y con sus malas ideas.

Viendo que perdía el tiempo en la ciudad Coreb volvió al Alxarafe, donde nada tuvo que hacer para enardecer los corazones de sus contributos, que casi todos le prometieron tomar las armas á la primera señal. En seguida formó una liga, en que entraron Haddjadj, dos jeques yemenitas, (el uno de Niebla, y el otro de Sidona) y el jeque de los

Bérberes-Bornos, de Carmona, cuyo objeto era quitar Sevilla al Sultán y saquear á los españoles.

Los patricios sevillanos, que por razon de la distancia no podían espiar á Coreb, como cuando estaba entre ellos, ignoraban el complot que se tramaba; verdad es que de tiempo llegaban á sus oídos vagos rumores, pero no sabían nada de fijo, y no desconfiaban todavía lo bastante del peligroso conspirador.

Quiriendo vengarse primero de los que no habían querido atenderlo, y mostrarles al mismo tiempo que el soberano era incapáz de protegerlos, hizo saber secretamente á los Berberes de Mérida y de Medellín, que la provincia de Sevilla estaba casi desguarnecida, y que si querían podrían hacer fácilmente en ella rica presa. Siempre inclinados á la rapiña, se pusieron al instante en camino, y se apoderaron de Talyata (1) (a) saquearon este pueblo, asesinaron á los hombres, y redujeron á esclavitud á las mujeres y á los niños. El gobernador de Sevilla llamó á las armas á todos los que es-

(1) A una media legua O. de Sevilla; véanse mis «Recherches,» t. I, p. 317 y sig (a). Véase la nota II. al fin de este tomo. (N. del T.)

taban en estado de llevarlas, y salió al encuentro de los Berberes. Habiendo sabido en el camino que se habían apoderado de Talyata, estableció su campo en una altura que se llamaba la Montaña de los Olivos. Tres millas solamente lo separaban del enemigo, y por ambas partes se aprestaban á combatir al día siguiente, cuando Coreb que había traído su contingente, como los otros señores, aprovechó la noche para mandar á decir á los Berberes, que una vez empeñado el combate, les facilitaría la victoria huyendo con su regimiento. Cumplió su promesa, y huyendo, arrastró tras sí todo el ejército. Perseguido por los Berberes, el gobernador no hizo alto hasta Huevar (á cinco leguas de Sevilla,) donde se atrincheró. Los Berberes, sin hacer el menor esfuerzo para forzarlo en esta posición, volvieron á Talyata, donde permanecieron tres días, en los que llevaron á sangre y fuego todos los lugares cercanos. Luego, con sus enormes sacos henchidos de botín, se volvieron á su casa.

Ya había dejado arruinados esta terrible razia á gran número de propietarios, cuando vino á afligir á los sevillanos un nuevo azote. Esta vez el pérfido Coreb no tenía de

qué acusarse; un jeque de la raza enemiga, Ibn-Merwan, señor de Badajóz, vino espontáneamente á secundar sus proyectos. Viendo venir á sus vecinos de Mérida, cargados de ricos despojos, dedujo que no tenía más que presentarse para tomar su parte en la torta. Y no se engañó. Habiéndose adelantado hasta tres parasangas de Sevilla, lo saqueó todo á la redonda durante muchos dias consecutivos y cuando volvió á Badajoz no tenía nada que envidiar á los berberes de Mérida.

La conducta de su gobernador que habia permanecido inactivo mientras que hordas salvages asolaban sus tierras, habia exasperado á los sevillanos contra él y contra el sultan. Verdad es que éste, cediendo á sus quejas, depuso al inhábil gobernador, pero el que mandó á sucederle, bien que fuera de una reputacion inmaculada carecía igualmente de la necesaria energía para mantener el órden en la provincia y reprimir la audacia de los bandoleros que se multiplicaban de un modo aterrador.

El mas temible de todos era uno de los Berberes-Bornos de Carmona, llamado Tamachecca, que robaba á los viageros en el camino real de Sevilla á Córdoba. El gober-

nador de Sevilla no se atrevía á hacer nada contra él, cuando un bravo renegado de Écija, llamado Mohamed-ibn-Galib, prometió al sultan concluir con estos latrocinios si le permitía levantar una fortaleza cerca del lugar de Siete Torres, en los límites de las provincias de Sevilla y Écija. El Sultan aceptó su ofrecimiento, la fortaleza fué edificada, Ibn-Galib se instaló en ella con gran número de renegados, de clientes omeyas y de berberes-Botr y los ladrones no tardaron en conocer, que tenían que habérselas con un enemigo mas temible que el gobernador de Sevilla.

Comenzaba ya á restablecerse la seguridad, cuando una mañana temprano se esparció en Sevilla la noticia de que durante la noche había tenido lugar un encuentro entre la guarnicion del castillo de Ibn-Galib y los Khaldun y los Haddjadj, que uno de estos últimos habia sido muerto, que sus amigos habian llegado con su cadáver á la ciudad y habian ido directamente al gobernador á pedirle justicia y que éste les habia contestado que no se atrevía á tomar sobre sí la responsabilidad de decidir semejante asunto, y que por consiguiente debían dirigirse al soberano.

Mientras que se entretenían en Sevilla con estos sucesos, los querellantes estaban camino de Córdoba, seguidos de cerca por algunos sevillanos que informados por Ibn-Galib, de lo que había pasado, iban á defender su causa. Á su cabeza iba uno de los hombres mas considerados de la ciudad, Mohamed, (1) cuyo abuelo era el primero de su familia que había abrazado el Islamismo; su bisabuelo se llamaba Angelino, y el apellido de Beni-Angelino había sido conservado por esta casa.

Cuando los querellantes fueron introducidos cerca del Sultan, uno de ellos tomó la palabra y expuso su querrela en estos términos: «Hé aquí, emir, lo que ha sucedido: Íbamos pacíficamente por la carretera cuando de pronto nos acomete Ibn-Galib. Procuramos defendernos, y uno de los nuestros ha sido muerto. Estamos dispuestos á jurar que las cosas han ocurrido de este modo y exigimos por consiguiente que castigéis á ese Ibn-Galib. Permitidnos, emir, añadir á esto, que los que os han inducido á otorgar vuestra confianza á ese renega-

(1) Mohamed-ibn-Omar, ibn-Khattab ibn-Angelino.

do, os han aconsejado mal. Tomad informes acerca de los hombres que sirven con él y sabreis que son vagos y malhechores. Creed que ese hombre os hace traicion, ahora finge seros fiel, pero tenemos el íntimo convencimiento que mantiene secretas inteligencias con Ibn--Hafzun y que el mejor dia le entregará toda la provincia.»

Cuando hubieron concluido de hablar, Mohamed-ibn-Angelino y sus compañeros fueron introducidos á su vez. «Emir, hé aquí de qué manera han pasado las cosas, dijo el patricio. Los Khaldum y los Had-djadj habian formado el proyecto de sorprender el castillo durante la noche, pero contra lo que esperaban Ibn-Galib, estaba alerta y viendo atacado su castillo rechazó la fuerza con la fuerza. No es culpa suya si uno de los acometedores ha muerto; no hizo mas que defenderse, estaba pues en su derecho. Os suplicamos pues, que no crean las mentiras de esos Árabes revoltosos. Ibn-Galib merece además que le hagais justicia, es uno de vuestros servidores mas leales y mas decididos y os hace un gran servicio purgando de ladrones el país.»

Ya sea que el Sultan juzgara realmente dudoso el asunto; ya que temiera descon-

tentar á uno de los partidos dando la razon al otro, declaró que queriendo tomar más ámplios informes, enviaría á su hijo Mohamed á Sevilla á fin de que entendiera en la causa.

No tardó el jóven príncipe, presunto heredero del trono, en llegar á Sevilla. Mandó llamar á Ibn-Galib y lo interrogó, hizo lo mismo con los Haddjadj, pero como los dos partidos persistieran en inculparse recíprocamente y no se encontraron testigos imparciales, el príncipe no sabía á quien dar la razon. Mientras que dudaba, las pasiones se acaloraban cada vez mas y la esferescencia que reinaba entre los patricios se comunicó al pueblo. Al fin decidió que no encontrándose el asunto bastantemente esclarecido, no decidiría por entónçes, pero que por el pronto permitía á Ibn-Galib volver á su castillo.

Los rebelados se atribuyeron el triunfo. Decian que el príncipe daba evidentemente la razon á su amigo, y que si no se declaraba abiertamente, era por no malquistarse con los Árabes. Por su parte los Khaldun y los Haddjadj, interpretaban del mismo modo la conducta del príncipe; y estaban resentidos hasta lo vivo. Resueltos á ven-

garse y á levantar el estandarte de la rebelion, abandonaron la ciudad, y mientras Coreb hacía tomar las armas á sus Hadhramitas del Axarafe, el jeque de los Haddjad Abdallah, reunía bajo sus banderas los Lakmitas del Sened. (1) Los dos jeques combinaron en seguida su plan de conducta; cada uno de ellos debía dar un golpe de mano. Abdallah se apoderaría de Carmona, y Coreb haría sorprender la fortaleza de Coria, (en la frontera oriental del Axarafe), despues de apoderarse de los ganados pertenecientes á un tio del Sultan, que pastaban en una de las dos islas que forma el Guadalquivir á su desembocadura.

Coreb, que era demasiado gran señor para ejecutar por sí mismo una empresa de este género, la confió á su primo Mahdi, un tronera, cuyos escesos tenían escandalizada á toda Sevilla. (2) Mahdi fué primero á la fortaleza de Lebrija, frente á frente de la isla donde Soliman, señor de esta fortaleza y aliado de Coreb, le esperaba. En seguida abordó á la isla. Doscientas vacas y un centenar de caballos, guardados por un hom-

(1) Se llamaba así el país que se estiende entre Sevilla y Niebla.

(2) Véase Ibn-Haiyan, fól. 590.

bre solo, pacian allí. Los Árabes mataron á este infeliz, y apoderándose de las bestias se encaminaron á Coria, sorprendieron esta fortaleza, y pusieron en ella su botin en seguridad.

Por su parte Abdallah-ibn-Haddjadj, secundado por el «Berber-Bornos-Djonaid,» atacó á Carmona de improviso, y se apoderó de ella despues de haber echado al gobernador, que fué á refugiarse á Sevilla.

La osadía de los Árabes, y la prontitud con que habian realizado sus designios, esparcieron la alarma en la ciudad. Así que el príncipe Mohamed se apresuró á escribir á su padre para pedirle órdenes, y sobre todo refuerzos.

El Sultan en cuanto recibió la carta de su hijo, reunió el concejo. Las opiniones estaban divididas. Entónces un visir rogó al Sultan que le concediera una conferencia secreta, y una vez obtenida, le aconsejó reconciliarse con los Árabes, haciendo matar á Ibn-Galib. «Cuando haya muerto ese renegado, le dijo, los Árabes se darán por satisfechos, os devolverán á Carmona y á Coria, restituirán á vuestro tío lo que le han quitado, y volverán á la obediencia.»

Sacrificar á los Árabes un servidor leal

y malquistarse con los renegados, sin tener la certeza de ganarse á sus adversarios, era seguramente una política, no solo pérfida, sino inhábil. Sin embargo, el Sultan creyó deber seguir el consejo que se le daba, y habiendo mandado á su cliente Djad (á quien Sauwar acababa de devolver la libertad) marchar hácia Carmona con tropas, le dijo: «Darás las razones á los acusadores de Ibn-Galib, y lo mandarás matar; luego harás todo lo que puedas para atraer por la buena á los Árabes á la obediencia, y no los atacarás, sino cuando hayas agotado todos los medios de persuacion.»

Púsose Djad en camino, pero aunque se mantuvo secreto el objeto de la expedicion, corrió sin embargo el ruido de que no era contra los Khaldun, sino contra Ibn-Galib, contra quien se dirigía. Así que, el renegado se mantenía sobre aviso, y ya se habia puesto bajo la proteccion de Ibn-Hafzun, cuando recibió una carta de Djad. «Tranquilizaos, le escribía este general, el objeto de mi marcha no es el que os figurais. Tengo intencion de castigar á los Árabes que se han entregado á tan grandes excesos, y como sé que los odiais, espero contar con vuestra cooperacion.» Ibn-Galib se dejó en-

gañar por esta pérfida carta, y cuando Djad se acercó al castillo, se unió á él con parte de sus soldados. Entónces Djad fingió ir á sitiar á Carmona, pero en cuanto llegó delante de esta ciudad, hizo enviar en secreto otra carta al jefe de los Haddjadj, en que le comunicaba que estaba pronto á hacer perecer á Ibn-Galib, siempre que por su parte Ibn-Haddjadj volviera á la obediencia. Pronto se hizo el trato; Djad hizo cortar la cabeza á Ibn-Galib é Ibn-Haddjadj, evacuó á Carmona.

Cuando los renegados de Sevilla supieron la negra traicion de que había sido víctima su aliado, toda su furia se volvió contra el Sultan. Tuvieron consejo acerca de lo que debian hacer. Algunos propusieron vengar la muerte de Ibn-Galib en Omeya, hermano de Djad, y uno de los más valientes guerreros de la época, que era entonces gobernador de Sevilla. Esta proposicion fué aceptada, pero como no podía hacerse nada mientras no fuesen dueños de la ciudad, Ibn-Angelino se comprometió á ir á hablar con el príncipe, y hacer de modo que este confiara su defensa á los renegados. Además, resolvieron los patricios enviar propios á sus aliados los Árabes maáditas de la pro-

vincia de Sevilla, y los Bérberes-Botr de Moron, rogándoles que vinieran á auxiliarlos.

Quando estos propios estaban ya en camino, Ibn-Angelino, acompañado de algunos amigos fué á ver al príncipe Mohamed. «Señor, le dijo: es posible que nos hayan calumniado en la corte, y acusado de un crimen de que estamos inocentes, es muy posible que un proyecto funesto se haya formado contra nosotros en el consejo del Sultan, puede, en fin, que Djad, ese traidor infame nos ataque de improviso con fuerzas tan numerosas que nos sea imposible resistir. Si quereis, pues, salvarnos del peligro que nos amenaza, y ligarnos á vos con los lazos de la gratitud, es preciso que nos confiéis las llaves de la ciudad, y el cuidado de velar por su defensa, hasta que se aclaren las cosas. No es porque desconfiamos de vos, pero demasiado sabeis que si las tropas entran en la ciudad, ya no estaréis en estado de protejernos.»

De buena ó mala gana, Mohamed, que ya se había malquistado con los Árabes, y que no podía disponer mas que de una escasa guarnicion, tuvo que conceder lo que le pedían los renegados.

Estos, dueños de la ciudad, esperaron la llegada de los Maáditas y de los Berberes-Botr, que tuvo lugar en la mañana del martes, nueve de Setiembre de 889. (1) Entonces una compacta multitud se abalanzó sobre el palacio de Omeya. La insurrección fué tan rápida, que el gobernador no tuvo siquiera tiempo de ponerse las botas. Se tiró sobre el caballo, y se fué á escape al palacio del príncipe. Engañados los insurgentes, saquearon su palacio y se dirigieron luego hácia el del príncipe, que rodearon, lanzando gritos feroces. De minuto en minuto aumentaba la multitud, con tenderos, obreros y artesanos. No sabiendo qué hacerse, el príncipe envió á toda prisa mensajeros á Ibn-Angelino, Ibn-Sabárico y otros patricios, para rogarles que vinieran á concertar con él los medios de hacer cesar el tumulto.

Estos patricios que hasta entonces se habían mantenido á la capa, deliberaron entre sí lo que debían hacer. Grande era su embarazo, si aceptaban la invitación del príncipe temían caer en una celada, pero te-

(1) Véase Ibn-Haiyan, fól. 63 r. La fecha que se halla fól. 55 v., es inexacta.

mían si la rehusaban ser acusados de conivencia con los amotinados, y esto era lo que ellos no querían. Bien considerado todo, resolvieron ir á ver al príncipe, mas tomando sus precauciones; pusiéronse corazas debajo de los vestidos y ántes de entrar en palacio colocaron sevillanos bien armados y soldados de Moron cerca de la puerta. «Si no hemos vuelto, les dijeron, cuando el muezin anuncie la oracion del medio día asaltaréis el palacio é ireis á libertarnos.» Dicho esto, fueron á ver al príncipe que los acogió de la manera más amable. Pero mientras que hablaban todavía con él, los hombres colocados en la puerta perdieron la paciencia, entraron en sospechas y comenzaron á romper la puerta. Precipitándose primero en las caballerizas se apoderaron de los caballos y las mulas, corrieron luego hácia la puerta del «fácil» (antemuro) que se hallaba al otro extremo del pátio frente á la puerta de entrada, pero allí encontraron una resistencia que no esperaban. Allí estaba Omeya.

Desde que este valiente guerrero oyó los gritos de los insurrectos en las caballerizas, hizo arrestar á Ibn-Angelino y á sus compañeros, apostó á sus propios sirvientes y á

los del príncipe sobre la plataforma de la puerta del «fácil,» donde había hecho llevar un monton de proyectiles, y cuando los renegados y sus aliados se aproximaron á esta puerta, cayó sobre ellos una granizada de dardos, de piedras y de muebles. Aun cuando tuvieran la ventaja del número, sus adversarios tenían la de la posición. Escitados por Omeya que con la cabeza y el pecho ensangrentados con numerosas heridas los animaba con su actitud, con su mirada y con su ejemplo, los defensores de palacio estaban resueltos á vender caramente sus vidas, y la desesperacion parecia prestarles fuerzas sobrehumanas.

El combate duró desde el medio día hasta la puesta del sol. Cuando llegó la noche, los sitiadores vivaquearon en el pátio y por la mañana volvieron al ataque.

¿Qué hacian entre tanto los realistas y todos aquellos amigos del orden que á lo que parece hubieran debido volar al socorro del gobernador? Fieles á su divisa «cada uno para sí,» y sufriendo el inevitable ascendiente que ejerce sobre la debilidad una resolucion vigorosa esperaban, y habiéndose fortificado en sus palacios, dejaban que el gobernador saliera del aprieto como pu-

diera. Ellos lo querían sin duda, hacían votos por él, pero eso de arriesgar la vida por salvarlo.... su adhesión no llegaba hasta ese extremo.

Algo habían hecho sin embargo. En cuanto comenzó el tumulto enviaron un correo á Djad para prevenirlo *del peligro en que se hallaban su hermano y el príncipe. Verdad es, que esto no les costaba mucho y ahora se trataba de saber: primero, si Djad llegaría á tiempo, luego, si lograría dominar la insurrección.

Apenas se informó Djad de lo que pasaba en Sevilla, se puso en camino con todos los caballeros que pudo reunir á toda prisa. Habiendo vuelto á comenzar el combate en la mañana del 10 de Setiembre en el pátio de palacio, llegó por el lado del Mediodía. Un puesto de renegados quiso defenderle el paso, él pasó sobre ellos y penetró en el arrabal donde habitaba el coreiscita Abdallah-ibn-Achath. Este realista le informó del estado de las cosas. «Á escape» gritó el general, y espada en mano cayó sobre la multitud. Los sevillanos se mantuvieron firmes. El caballo de Djad, cayó herido mortalmente, sus ginetes retrocedieron. Trató de volverlos á la carga, llamó á cada uno